

LECTURA DE LOS AÑOS LA ÚLTIMA NOVELA DE FABIAN DOBLES

Por Alfonso Chase

Decir que Los años, pequeños días es la mejor novela de Fabián Dobles resulta cómodo, pero indudablemente constituye una falacia. Debe ubicarse en el transcurso de una totalidad del narrador, iniciada en la década de los años cuarenta y prolongada a través del tiempo, con silencios y resplandores que proponen, dentro de nuestra narrativa, un oficio continuo, pero también una revisión absoluta de temas y sujetos narrativos, como corresponde a un escritor comprometido con su propio texto.

I
PARA un lector avezado, y avisado, esta nueva novela de Fabián Dobles tiene una propuesta narrativa que hunde sus raíces en la presentación de la historia contemporánea, como objeto y motivo para una representación artística, y que nos remite a un narrador dueño de su oficio, desde sus primeros libros, hasta culminar en la madurez de su proyección literaria en una obra representativa de una aspiración continua en el escritor: dotar a la palabra de un significado real, en la expresión de los motivos que conforman el texto y en un estilo que los más doctos pueden llamar *minimalista*, pero que no es otra cosa que la consecuencia de lo que intentó hacer en *Aguas Turbias* (1940) y en *Los Leños Vivientes* (1962), obras escasamente comprendidas en su tiempo, pero que a la luz de su nueva novela pueden valorarse mejor.



II
Para poder comprender, y disfrutar, cabalmente esta nueva novela de Dobles, debe rechazarse la visión reductiva de que es una obra de contenido autobiográfico evidente y establecer el distanciamiento real entre una obra de ficción y un presunto texto de memorias. Si poder despojar al libro de la presencia del autor, es necesario, sin embargo, definir el distanciamiento entre una obra de memorias y un texto donde se intenta escribir una visión selectiva de una colectividad, simbolizada en ese hombre, llegando a los setenta años, que se despierta, en un día de su vida para que pueda abrirse al texto que inserta la continuidad de una vida, percibida al principio como una apertura hacia la naturaleza, las estrellas, el sonido de las aves, e inserta su destino en una plena contradicción de la dialéctica familiar, primero, y en la visión nacional y universal después. Con todo el peso de la historia, con la naturaleza misma sobre los hombros, el narrador, que no el escritor, se abre a las posibilidades narrativas, dejando de lado la historia personal, para intentar abarcar en los pequeños días, el abanico de los años.

III
Para ubicar el valor esencial del texto, ese retablo de maravillas, herencia de Cervantes, debemos despojarlo del valor anecdótico que le da sustento como historia y comprender, a regañadientes, que el contenido formal del libro, la sucesión de momentos y de historias, representan, en el plano narrativo escogido por el autor, un valor social, donde lo que se hace explícito —esa historia de un hombre que se levanta en la mañana— no es más que la historia de los otros hombres de su tiempo, del nuestro y quizás del futuro, que apremiados por su propia historia, construyen, en verdad, la historia de nuestro conglomerado social. De allí

arranca, entonces, el valor simbólico de las anécdotas que se insinúan en la historia, de casi 150 páginas, que concatenadas devienen un espejo, a la manera que propuso el viejo Lenin para interpretar a Tolstói como reflejo de los sucesos de nuestro tiempo. El valor literario, entonces, de este libro de Fabián Dobles, no se relaciona con lo bien o mal que pudieran estar hilvanadas las anécdotas, sino en la visión de mundo que expresa el narrador, dejando muy inteligentemente de lado la parte autobiográfica, de memoria y recuerdo, que algunos quieren encontrar en el texto.

IV
Lo nuevo, lo que pudiéramos llamar postmoderno, en un autor ya consagrado por nuestros lectores y críticos, se refiere, entonces, a la nueva narrativa en que el escritor dispone de la historia, y en esa forma tan especial que tiene la obra de ir diluyendo al personaje central, para dar oportunidad a los otros que devienen en parte protagónica, en capítulos ocho capítulos, en donde el recuerdo de ellos, obliterado por el narrador, ocupan esa posibilidad de libertad, que bien pudo disponer en el texto el narrador absoluto. Desde esta concepción nueva del arte narrativo, los personajes no devienen secundarios, ni accesorios, ni siquiera con ribetes de coprotagonistas, sino que insertan sus voces en todo el desarrollo de la novela, como parte esencial, no del recuerdo, sino de la presencia viva del autor, como una voz colectiva que tiene el privilegio de convocarlos.

V
Ubicada en el plano de la representación histórica, donde la ficción ocupa un plano destacado, esta novela de Fabián Dobles trata de dotar una imagen verbal de la realidad social de un tiempo determinado por la historia, en donde las contradicciones sociales, dejando de lado las dicotomías odiosas, presentes en otras novelas de Dobles, sorteadas de lado y en esta nueva obra utiliza recursos propios de la ficción moderna, como son la tragedia, la comedia, la sátira y la sincronía narrativa, propuesta como un largo papiro, donde el escritor, no el protagonista, toma en cuenta el planteamiento poético, insoslayable a la hora de la lectura, así como el planteamiento psicológico, presente en las contradicciones sociales, religiosas, económicas y sexuales, en que se ubica la representación narrativa. Para ese lector que propongo —avizado y avisado— la lectura de esta novela puede hacerse



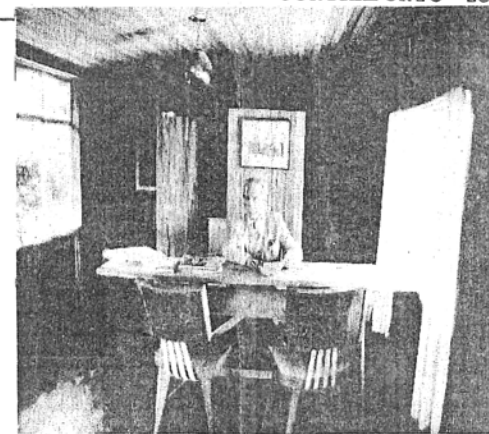
descodificar la historia costarricense, como un presente continuo en el transcurso de la obra, recuerdo y acciones donde los personajes la construyen, principalmente el núcleo familiar, representativo de una manera de ser, nacional, pero que tiene una visión abierta, por medio de las lecturas y absorción de cultura, en signos presentes en los recuerdos y acciones de los protagonistas.

VI
Crear que el personaje central de la novela habla consigo mismo, o con los recuerdos, para construir su discurso narrativo, es otra falacia que nos depara una lectura superficial del texto. Este

mundo, monologa con la vida, toma su vehículo y se larga a un viaje pleno de exigencias, como un moderno argonauta, al cual se le presenta el itinerario, no con los detalles superficiales del viaje, sino con los signos de su propia ruta, hecha verdad sobre su sangre. El trastroque del tiempo, explicitado a escasas veinte páginas del texto, nos permite darnos cuenta que en ese punto clave, en el enfrentamiento con el tiempo cronológico, la historia se descodifica en el tiempo real de la historia colectiva de ese hombre, envuelto en el remolino del polvo, que barre para siempre los años y da inicio, realmente, a los pequeños días.

VII
Los años, pequeños días, no es la historia de un hombre, insisto. Si fuera eso, sería una novela más de entre las buenas que se han escrito en nuestro país en los últimos años. La gran audacia narrativa de Dobles consiste en escribir —quizás por primera vez— una historia como él realmente quiso, que codificando datos y acciones, busca descodificar la realidad de su tiempo, mediante una propuesta narrativa que puede verse como un texto abierto, como lo propugnan los más audaces narradores de nuestro tiempo. El hecho de que en el mismo texto narrativo existan discursos diferentes —y a veces opuestos— nos remite a ese distanciamiento que permite separar, para una lectura cabal de la novela, una visión ética de la cultura, expresada en las contradicciones ya señaladas, que nos remiten a las normas sociales de nuestro tiempo, en donde las preferencias ideológicas del autor y también del narrador, quedan explicitadas en el discurso narrativo de él mismo y en la respuesta a las indagaciones de los hechos, realizadas por los coprotagonistas. El hecho de que el autor pueda escribir o conversar con personas que no existen, pero que conservan su presencia orgánica en la formación de quien escribe, ese personaje que no es Fabián Dobles, sino la criatura creada por él para protagonizar su discurso, denota la fuerza de una formación científica que se encuentra, por ejemplo, en sus cuentos, como una manera de reconstruir la historia, insertando un discurso ajeno, pero visto por medio de la óptica de quienes existen, viven y su presencia real, dando testimonio de su existencia dentro del propósito narrativo de quien escribe.

VIII
Cuando el hombre de setenta años, casi al final de la novela, oílla su vehículo, que no su barca, contra el margen de la vida, los recuerdos se deslucen. Mientras contempla el agua que fue, perdida en el agua que queda. El artificio retórico, la categoría artística se hace evidente en el autor, para proseguir en su murmullo, en su lucha contra y por la palabra, en ese sucedido ahí, así, de esa manera, que constituyen la esencia de la historia de un hombre de setenta años —cuquiera—.



perplejo al descubrir la concatenación de los hechos, que le ocurrieron a él, es cierto, pero parecen haberle ocurrido a todos los hombres de la Tierra. Siendo una novela profundamente costarricense, en su lenguaje y su expresión ideológica esa historia de un hombre de setenta años, desplaza el regionalismo, para insertar la historia en la profundidad de los abismos de la conciencia universal. Con esto quiero decir que Dobles ha realizado, con profundidad, esa concepción real del creador auténtico, que vuelve lo nacional universal, cuando la sustancia narrativa, por su propia importancia contextual, logra expresar una jerarquía del lenguaje, afirmado hacia lo sustancial, lo que significa una elaboración literaria de grandes relieves, en un eje paradigmático de significados que combinan, y así puede analizarse en el futuro, un valor poético del lenguaje, propio de cuando éste, en las alturas, alcanza gran categoría artística, y que es una forma de expresión hacia nuevos umbrales de expresión lingüística, como parece ser que ha llegado a ser en nuestro país, con las más recientes obras de José León Sánchez, Rafael Angel Herrera y los trabajos de indagación narrativa de Carlos Cortés, Rodrigo Soto, Uriel Badilla, Rodolfo Cerdeño y Alfonso Peña.

En la concepción dialéctica de la construcción de las formas narrativas, aspecto generalmente obliterado por nuestra crítica académica, la formación textual de una novela como ésta nos obliga a intentar percibir su inserción en el desarrollo de la literatura costarricense como un hito, como un punto de referencia, pero también como una apertura hacia el futuro, en donde forma, contenido y lenguaje nos remiten a la eficacia de la función de un texto determinado, que ocurre, y así se hace necesario siempre, a un artificio temático tan simple como lo es el inicio de un viaje, de un periplo, no sólo por la memoria, sino también por la historia. La forma intermedia de la literatura, la amalgama de poesía y prosa, define el elemento estructural de la función de *Los años, pequeños días*. El lector costarricense, capacitado ya para valorar las piedras preciosas, de la falsa bisutería de nuestro bazar literario, está ante una obra nueva, renovadora como propuesta de lectura, que debe merecer un estudio más amplio en sus planos lingüísticos e

ideológicos, en el contexto del desarrollo de la narrativa actual, pero sin perder de vista lo que ese hombre de setenta años, que se parece a Fabián Dobles, pero no es él, ha explicitado en su periplo mañanero. Si no se logra esa visión integral del texto narrativo, de seguro muchos tomarán la obra por lo que no quiso, no quiere y no debe ser: un testimonio, un recuerdo, una autobiografía y no el trabajo de un hombre, al través de cincuenta años de escritura, que ha tenido el privilegio de ser todos sus personajes, sin ser en realidad ninguno de ellos. Como Flaubert, como Tolstói, como Rulfo y Lezama. Como todos los otros narradores que ese hombre de setenta años, que somos todos nosotros, ha citado en el texto, como signos evidentes de un proceso de cristalización literaria, que ha hecho eclosión, en forma organizada, en un texto en donde los años, convertidos en un sólo instante narrativo, dan testimonio colectivo de una verdad evidentemente personal. Ahora sólo nos queda el salvar al autor —y al hombre de setenta años— del elogio desmesurado a la indiferencia mínima, para obligarlo a montar de nuevo su camioneta y como si esta novela sólo fuera un estadión más en una odisea abierta, remitirlo a que siga separando el grano de la paja y armando sus rompecabezas.

Noviembre de 1989
Nueva Castalia.

FABIÁN DOBLES

Los Años,
Pequeños Días

